

LAZOS DE FAMILIA EN LA REVOLUCIÓN. TENSIONES Y CRUCES ENTRE LO PÚBLICO Y LO PRIVADO EN *FILOSOFÍA EN EL TOCADOR* DEL MARQUÉS DE SADE Y EN *NOVENTA Y TRES* DE VÍCTOR HUGO

Marcos Seifert¹

UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES

Resumen: El objetivo de este artículo es analizar la complejidad de los modos de representación literaria del impacto de la Revolución Francesa sobre la vida privada y las relaciones familiares en dos textos: *Filosofía en el tocador* del Marqués de Sade y en *Noventa y tres* de Víctor Hugo. Estas obras literarias, tan diferentes entre sí, tienen en común una concepción particular de la relación entre lo público y lo privado durante la Revolución. Este vínculo aparece en los textos articulado por dos momentos diferentes: por un lado, una tensión entre el discurso revolucionario y la familia, pero, por otro lado, una dinámica de cruce e interpenetración de las lógicas de ambos campos. En función de demostrar la coexistencia de estos momentos contradictorios se abordará tanto las estrategias y argumentos que se esgrimen en las obras para representar la colisión entre los modos de entender las relaciones humanas desde lo familiar y un discurso que propone el interés público como prioridad absoluta, como los que se utilizan para dar cuenta de la descomposición de las fronteras entre los valores e identidades familiares y lo público o político.

Palabras clave: Revolución Francesa, política, familia, vida privada.

Abstract: The aim of this paper is to analyze the complexity of the modes of literary representation of the French Revolution's impact on the private life and family relations in two texts: Marquis de Sade's *La Philosophie dans le boudoir* and Victor Hugo's *Quatrevingt-treize*. These different literary works share a particular conception of the relationship between public and private during the Revolution. This link appears, in the texts, articulated by two different moments: first, a tension between the revolutionary discourse and the family, but, at the same time, on the other hand, a dynamic crossover and interpenetration of the logic of both fields. According to demonstrate the coexistence of these contradictory moments this paper will address both the strategies and arguments used in the literary works to represent the collision between the ways of understanding human relationships from the familiar and a speech proposing the public interest as top priority, as those that suggest the breakdown of boundaries between family values and identities and the public or political field.

Keywords: French Revolution, politics, family, private life.

Uno de los personajes de *Noventa y tres* de Víctor Hugo reflexiona acerca de la relación entre la Revolución francesa y la familia. El vizconde Gauvain se pregunta si uno de los objetivos de la Revolución francesa era “deshacer a la familia” [HUGO 2007]. Tal preocupación, inserta en el marco de una obra literaria, nos remite a la desestabilización de las fronteras entre la vida privada y la pública durante el período revolucionario. LYNN HUNT [1989:21] afirma que, durante estos años, la expansión constante de la esfera pública hizo que

¹ Marcos Seifert es licenciado y profesor en Letras de la Universidad de Buenos Aires. Es adscripto a la cátedra de Literatura Argentina de dicha universidad e integra el proyecto de investigación UBACyt “Formas del terror en la literatura argentina”.

lo privado tuviera que soportar “el ataque más sistemático que se haya visto jamás en la historia occidental”. El presente trabajo tiene como propósito abordar en *Filosofía en el tocador* del Marqués de Sade y en *Noventa y tres* de Víctor Hugo los modos de representación literaria del impacto que tuvo el acontecimiento revolucionario sobre la vida privada, más precisamente, sobre las relaciones familiares. La hipótesis de este análisis consiste en considerar que ambas obras, tan disímiles, comparten una particular concepción de la relación entre lo público y lo privado durante la Revolución. Ambos textos conciben este vínculo como algo compuesto por dos momentos diferentes: por un lado, una tensión entre el discurso revolucionario y la familia, una confrontación de valores e intereses en apariencia irreconciliables, pero, por otro lado, también, una dinámica de cruce e interpenetración de las lógicas de ambos campos. Para demostrar la coexistencia de estos momentos contradictorios se analizará tanto las estrategias y argumentos que se esgrimen en las obras para representar la colisión entre los modos de entender las relaciones humanas desde el seno familiar y un discurso que propone el interés público como prioridad absoluta, como los que se utilizan para dar cuenta de la descomposición de las fronteras entre los valores e identidades familiares y lo público o político.

1. LO PRIVADO Y LO PÚBLICO CONFRONTADO COMO DOS LÓGICAS EXCLUYENTES: EL IMPACTO DE LO PÚBLICO SOBRE LOS VALORES FAMILIARES

Norberto Bobbio sostiene que la distinción público/privado constituye una “gran dicotomía” porque permite, entre otras cosas, “dividir un universo en dos esferas conjuntamente exhaustivas”, y “recíprocamente exclusivas” [BOBBIO 1996], en el sentido de que un elemento comprendido en una no puede ser, también, parte de la otra. No es exagerado afirmar que el límite entre estas dos esferas se reconfigura ante el acontecimiento revolucionario. La Revolución francesa pone en confrontación las lógicas excluyentes de estos dos planos. El conflicto

entre los valores de ambos produjo el avance o invasión de lo público sobre ciertos aspectos de la vida privada y, también, la resistencia y cierre de esta última frente a los cambios de la vida política. Tanto *Filosofía en el tocador* del Marqués de Sade como la novela de Víctor Hugo registran este choque.

Si bien el proyecto de Robespierre de sustraer a los hijos de siete u ocho años y educarlos en común en el respeto a las nuevas ideas no se concretó en ningún momento, el problema de la instrucción del niño/a ha sido un punto de disputa entre los valores familiares y los principios proclamados en la esfera pública. Los textos de Sade y Hugo dan cuenta de tal tensión en torno a la enseñanza de los hijos, quienes son a la vez el porvenir de la familia, herederos de una tradición y un conjunto de valores familiares, pero, al mismo tiempo, futuro de la nación. En *Noventa y Tres*, un noble, el vizconde de Gauvain recibe por parte de Cimourdain, su preceptor, una educación basada en los principios de la república: “en aquel cerebro de aristócrata vertió ‘el alma del pueblo’ [HUGO 2007: 132]. En esta pugna, entre la pertenencia familiar nobiliaria y una educación republicana que se le contrapone, participa la confianza en la pedagogía, su poder para modelar un ser social nuevo, despojado de antiguos prejuicios. En el libro de Sade, desde el principio, se plantea una confrontación entre dos tipos de enseñanza, la que se propone en la obra y otra, a la que hay que destruir: la de los “ridículos principios inculcados por unos padres imbéciles” [SADE 1998: 9]. Una educación basada en la moral doméstica, según lo propuesto en el libro, debe ser aplastada por la instrucción inmoral del tocador², la cual apelará para justificarse a los valores proclamados por la Revolución:

“En una época en la que la ampliación de los Derechos del Hombre acaba de ser objeto de un examen cuidadoso no puede permitirse que las jóvenes sigan considerándose como las esclavas de sus familias, mucho menos aún desde el momento en

² El libro Sade se conecta con una larga tradición de debates y proyectos en torno a la educación de las jóvenes. El marqués dialoga con las reflexiones sobre el tema que han abordado las cuestiones como el sitio donde debe llevarse a cabo la instrucción, la elección de los enseñantes y los saberes que han de transmitirse. Ver SONNET [1992].

que consta que ese poder que ejercen sobre ellas es absolutamente quimérico”. [SADE 1998: 42]

La libertad proclamada en el ámbito de lo público se presenta como algo contrapuesto e irreconciliable con la autoridad y las obligaciones de carácter familiar. Estas se presentan como una cárcel moral, un conjunto de restricciones sin fundamento que deben ser abolidas de la misma manera en que fue abolida la tiranía política. Los libertinos de Sade, para defender el derecho al goce sexual que la moral doméstica rechaza, apelan al impulso revolucionario de puesta en cuestión de la autoridad del rey para impugnar, también, la autoridad familiar³. La libertad esgrimida es, entonces, un reclamo para liberarse de una coerción injustificada como la familiar, y no una libertad que implique, necesariamente, una participación en los asuntos públicos⁴.

En la novela de Hugo la confrontación en el plano político se produce, también, hacia el interior del grupo familiar. Durante la Revolución la puesta en cuestión de lo establecido es tan grande, que la guerra divide incluso a la familia. La guerra revolucionaria es presentada como algo que afecta las bases mismas de la sociedad y de las relaciones humanas. La construcción narrativa, la elección de personajes vinculados por lazos familiares y enemistades políticas apunta a plantear la contraposición entre obligaciones y compromisos públicos (“Francia es la gran pariente”) y la pervivencia de afectos y vínculos familiares.

Noventa y tres trabaja, también, la contraposición entre lo público y lo privado como dos caminos excluyentes: dedicarse a uno implica apartarse del otro. Este planteo no sólo se lee en la presentación de Cimourdain, quien como fue sacerdote y no pudo tener familia, “adoptó la patria” [HUGO 2007: 125], sino también, al comienzo, en la oposición

³ Hay también en *Filosofía en el tocador* una contraposición entre lo público y lo privado en un sentido diferente: una confrontación entre lo público en tanto lo manifiesto, lo visible, y lo privado en tanto lo dicho o hecho en secreto entre un grupo reducido de personas. Respecto a esto, los personajes sadianos proponen una lógica del engaño: la adopción de las costumbres morales “en superficie” para mantener una oculta vida libertina. Esta propuesta de simulación se contraponen a la exigencia de transparencia entre la vida pública y la privada exigida por los jacobinos. Ver ARIÉS & DUBY [1989: 24].

⁴ Esta distinción entre liberación, por un lado, y libertad como participación en la esfera pública, por otro, es planteada por ARENDT en “El significado de la revolución”, en *Sobre la revolución*, Madrid, Alianza, 1988. Estos dos tipos de libertades, también, son llamadas, por otros autores, libertad negativa y libertad positiva. Ver FURET & OZOUF [1989: 630-640].

que se establece entre Michelle Flécharde y la vivandera. Por un lado, ser madre, dedicarse plenamente a los hijos y ser totalmente refractaria a las vicisitudes públicas; y, por otro, entregarse a lo público y no “tener tiempo” para formar una familia. La voz de la vivandera que relata como testigo los grandes acontecimientos políticos de la época contrasta con el silencio y la incomprensión de Flécharde, quien “miraba la tierra, resignada, y tenía en los ojos el asombro de las catástrofes” [26]. El texto presenta, entonces, dos familias afectadas por la guerra revolucionaria: la que integran los jefes de ambos bandos y la de Michelle Flécharde. Mientras que la primera participa activamente del conflicto político, la otra es afectada de forma pasiva: aunque sus miembros no comprendan ni puedan tomar ninguna posición política, la guerra conmociona sus vidas.

Otro punto de contraposición entre lo público y lo privado en la novela de Hugo toma forma cuando el ataque a la Tourgue amenaza la biblioteca donde se encuentran los archivos de la familia de nobles: “a Gauvain le parecía que quemar los archivos era atacar a sus padres” [186]. La batalla revolucionaria se presenta en esta amenaza sobre los archivos como una lucha que puede arrasarse con el pasado entendido como tradición familiar. En este pasaje de *Noventa y tres* la guerra impacta no sólo sobre un pasado familiar (los archivos), sino, también, sobre un futuro (los niños).

2. MODELOS DE FAMILIA. LOS LUGARES DE LA MADRE Y EL PADRE

Dado que la familia forma parte de nuestra experiencia inmediata, suele pasarse por alto, señala Estela Grassi, su carácter histórico y sociocultural [GRASSI 1996]. Si bien se la representa como un todo, la unidad que constituye puede adquirir formas diferentes: por ejemplo, puede considerarse como modelo familiar tanto a la entidad compuesta por un padre, una madre y sus hijos, como a un grupo sólo compuesto por madre e hijos. Los distintos modelos pueden proponerse como variaciones o alternativas de un modelo ideal de familia, que según Levi

Strauss, se sostendría en tres características principales: su origen en el matrimonio, su composición (marido, esposa e hijos), y su unión por lazos legales, prohibiciones sexuales y sentimientos [LEVI STRAUSS 1976: 17]. Es preciso agregar que diferentes modos de concebir a la familia conducen, también, a distintas ideas sobre los roles que ejercen sus miembros. Podemos concebir lo privado como un espacio sometido al padre, en tanto representante de la razón cuyo deber es domeñar los instintos y pasiones de la mujer o como un ámbito cuyas reglas y vínculos son tejidos, fundamentalmente, por mano materna. En el caso de la novela de Hugo, la familia dividida por la guerra revolucionaria no constituye el modelo convencional de padre, madre e hijos, sino que se compone de un tío lejano, un sobrino y un preceptor. La otra familia representada, la de Michelle Fléchar, se sostiene principalmente en la relación entre la madre y sus hijos. En el libro de Sade se presenta un modelo familiar diferente a estos: una hija, un padre libertino y autoritario, y una madre devota y sometida a la autoridad del hombre.

Los textos de Sade y Hugo no sólo proponen modelos de familia diferentes, sino que también en ellos la figura y rol de la madre son totalmente distintos: figura tiránica y despreciada del ámbito doméstico en un caso, encarnación de un principio sublime que se sitúa por encima de las luchas entre los hombres en el otro. La madre de Eugenia representa en *Filosofía en el tocador* los principios de la moral doméstica que los libertinos quieren destruir. La madre es atacada en tanto figura abnegada que tendría ciertos derechos sobre sus hijos en la medida en que los ha llevado en su seno, los ha engendrado y criado. Los libertinos para destruir el ideal de la madre virtuosa no sólo construyen argumentaciones en las que se sostiene que la sangre de la madre no forma al niño sino sólo la del padre, incluso afirman que detrás de la abnegación materna no hay otra cosa que egoísmo, “una satisfacción profunda que, ante todo, uno se da a sí mismo” [KLOSSOWSKI 1970: 139]. Es preciso señalar, además, que el personaje de Eugenia ya de antemano, sin necesidad de convencerse por las argumentaciones de los libertinos, manifiesta el odio a su madre: “amo a mi padre con locura y siento que

odio a mi madre” [SADE 1998: 31]. La madre aparece como un ídolo tiránico del cual la hija debe liberarse por medio de la ayuda de su padre (retomaremos este tema más adelante). Al mismo tiempo que representante del ahogo y el encarcelamiento del individuo en una moral doméstica, la madre es el origen que los libertinos quieren negar en una “lucha por desprender su ser de su envoltura original” [KLOSSOWSKI 1970: 137] (en este sentido puede leerse el final de *Filosofía en el tocador* en el que Eugenia cose la vagina de su madre).

A diferencia de esto, en *Noventa y tres* la madre es exaltada como mujer abnegada cuyo sentimiento a sus hijos permanece imperturbable en momentos de conmoción y guerra. Frente a la contingencia de los combates y los posicionamientos políticos, Michelle Fléchar encarna la maternidad como un principio incuestionable, inmodificable: “La maternidad no tiene solución, no se discute con ella” [HUGO 2007: 256]. La madre tiene un instinto que se encuentra por encima de los razonamientos, las acciones y los errores de los hombres: está próxima a los designios de la Providencia⁵ (“La inmensa voluntad tenebrosa de la creación está en ella y la conduce. Es una ceguera llena de clarividencia”) [HUGO 2007: 257].

Las representaciones de la figura paterna que ofrecen los textos son también disímiles. En el texto de Sade nos encontramos con argumentaciones de justificación de la autoridad paterna que insisten en que es la sangre del padre la que ha formado al niño y que sólo del deseo paterno dependió su nacimiento. Si bien este argumento legitima el poder paterno aludiendo al vínculo de sangre, la propuesta de Dolmancé de que la mujer se entregue al libertinaje a escondidas de su marido diluye las posibilidades de determinación de la paternidad. Tal contradicción aparente tiene que ver con que Sade apoya el poder paterno como fuerza que permite destruir la familia (“romper las cadenas conyugales” [KLOSSOWSKI 1970: 141] que imponen restricciones al goce y al interés del

⁵ En la concepción teleológico-deísta de Hugo, por un lado, están la guerra, los hechos históricos, las contingencias, y por otro lo invariable, la Providencia, el soplo divino desde lo alto. El mundo asume una manifestación fenoménica bipolar que se subsume en un plano superior, una unidad entendida en términos providenciales. El orden providencial según Hugo puede afirmarse en aquello mismo que parece negarlo (de esta manera, el autor absuelve el Terror revolucionario porque contribuyó, en última instancia, al proceso civilizatorio).

individuo) y, al mismo tiempo, rechaza el principio paterno como modo de conservación social. El padre en Sade, señala Klossowski, está encargado de una misión subversiva: la de destrucción de su familia. En la *Filosofía en el tocador* se alían el padre y los libertinos para castigar a la madre y liberar a Eugenia de los deberes maternos. No es la muerte del padre lo que disuelve la familia y hace posible la liberación de otros individuos, sino su propio accionar destructor, libertino, transgresor.

En *Noventa y tres* en lugar de padres biológicos lo que tenemos es una figura paterna de resonancia rousseauiana: un preceptor (Cimourdain). La novela construye una representación de la paternidad en la que el vínculo de sangre es desplazado por el de las ideas. Respecto a la relación entre Gauvain y Cimourdain leemos: “Aquél era su hijo, el hijo no de su carne, sino de su espíritu” [HUGO 2007: 132]. El lazo paterno puesto en relieve no es el del nombre o la sangre, sino el de una continuidad de pensamiento (las ideas de humanidad y progreso) establecida a través de una labor educativa: “A veces el preceptor es más padre que el padre” [133]. Tanto en el texto de Sade como en el de Hugo las figuras paternas producen una ruptura con los lazos familiares: el preceptor, “padre del espíritu”, proporciona a Gauvain una instrucción que implica una desavenencia respecto a sus valores familiares de nobleza y el padre de Eugenia castiga a la madre para romper la prisión doméstica que prohíbe su goce en la comunidad de libertinos. A largo plazo, señala Michelle Perrot, la Revolución francesa, a pesar de su patriarcalismo, limitó en numerosos puntos los poderes paternos [ARIÉS & DUBY 1989: 137]. Estas representaciones singulares de la paternidad (“padre del espíritu”, “padre destructor”) pueden ser leídas a la luz de una discusión sobre la función del padre que se produce en la pugna entre el derecho público y las atribuciones paternas tradicionales: una revisión de sus funciones, de la legitimidad de su autoridad y de las características de los lazos que establece con los otros miembros de su familia⁶.

⁶ Es preciso agregar que, además, de haber distintos modelos de familia, la idea misma de familia puede funcionar como modelo para entender las relaciones políticas. Bourdieu advierte cómo el discurso toma del léxico y las significaciones de lo familiar modelos ideales de relaciones humanas, como por ejemplo, la fraternidad. Las

3. CONCEPCIÓN DE LOS LAZOS FAMILIARES

La familia es un conjunto de individuos ligados entre sí sea por el matrimonio, la alianza, la filiación, y en algunos casos, por la adopción. Las representaciones de la familia que abordamos en los textos implican concepciones diferentes sobre la naturaleza de estos lazos: puede considerarse que el vínculo que une a sus miembros es una mera convención producto de las costumbres o bien, puede pensarse estos lazos como tendencias dispuestas por la naturaleza.

Los libertinos de *Filosofía en el tocador* ponen en cuestión la legitimidad de los lazos familiares en tanto obligaciones familiares, deberes paternos ante los cuales los hijos deben guardar obediencia. Dolmancé sostiene que tales vínculos entre padres e hijos son quiméricos: provienen de costumbres y prejuicios. Los sentimientos familiares, prosigue, no son otra cosa que una máscara que encubre lo que verdaderamente inspira la naturaleza en el hombre: el deseo sexual. Una familia, entonces, que no encubre ni falsea sus verdaderos deseos con falsos vínculos como el afecto, es una familia incestuosa, un grupo unido por “la más dulce alianza de la naturaleza”:

“Uno de mis amigos vive habitualmente con la hija que él tuvo con su propia madre; no hace más de ocho días, desfloró a un muchacho de trece años, fruto de las relaciones con su hija. Dentro de unos años, ese joven desposará a su madre; éstos son los deseos de mi amigo, a cuyo hijo le espera una suerte análoga a la suya, y sus intenciones, lo sé, son las de gozar aún de los

relaciones familiares, señala el autor, tienden a funcionar como principios de construcción de toda relación social [BOURDIEU, 1994: 135-145] (Hay traducción: “El espíritu de familia”, en *Razones prácticas. Sobre la teoría de la acción*. Madrid, Anagrama, 1997). Los discursos e iconografía revolucionaria, afirma Lynn Hunt, narraban una historia familiar: el rey como padre benévolo o padre tiránico, los hijos que exigieron cambios y decidieron eliminarlo, María Antonieta que nunca logró cumplir un papel de madre. Después de la revolución, señala la autora, se forjó una nueva matriz familiar: la pareja real fue desplazada por la fraternidad entre revolucionarios (eran representados como una familia cuyos padres habían desaparecido) [ARIÉS & DUBY 1989: 33].

frutos que nacerán de ese himeneo, aún es joven y puede esperar”. [SADE 1998: 111].

En este pasaje se advierte la función del discurso sadiano señalada por Barthes: su tendencia “concebir lo inconcebible” [BARTHES 1969: 108] desde las posibilidades que ofrece la lengua. La construcción discursiva de esta familia incestuosa evidencia, además, que los vínculos familiares funcionan, sobre todo, como “operadores” susceptibles de encender la imaginación para el goce. Este discurso, que, como afirma Barthes, se coloca del lado de la *semiosis* y no de la *mimesis*, es exhaustivo en las relaciones incestuosas que propone: *postula que todo lazo familiar sirva a la transgresión, al incesto.*

Una concepción de la naturaleza como estado de guerra y destrucción es la que aparece legitimando el goce: los instintos inmorales no se pueden rechazar, argumentan los libertinos, porque son hechos naturales. El crimen es lo que está más de acuerdo con la naturaleza, en tanto ésta es concebida como movimiento, cambio y, por lo tanto, tiene necesidad del acto criminal que destruye. No hay, entonces, lazo de solidaridad o fraternidad entre los hombres que se pueda justificar aludiendo a la naturaleza. El discurso de Dolmancé adquiere la forma de una reflexión en la que se somete a juicio todo vínculo humano posible y deja en pie solamente el impulso egoísta:

“¿Cuáles son entonces a vuestro criterio los lazos que suplantán el aislamiento en el que hemos sido creados? ¿Cuáles son los que deben relacionar a los hombres? ¿A título de qué los querríamos y preferiríamos a nosotros mismos?” [SADE 1998: 111]

Si lo legítimo por naturaleza es el particularismo egoísta, la relación entre el individuo y la ley va a ser conflictiva ya que ella no concuerda con este, sino con el interés general⁷. Sin embargo, es preciso destacar

⁷ Es interesante abordar la relación entre la ley y las pasiones en el Marqués de Sade. Si, como recuerda Bobbio, Aristóteles sostiene la supremacía de la ley sobre el juicio del gobernante en virtud de su generalidad y su no dependencia respecto a las pasiones de los hombres, Sade propondrá la inversión de este argumento. Mientras que las

que, por momentos, la argumentación sadiana *se enrarece*: se vuelve móvil, fluctuante, evasiva⁸. En otro pasaje de *Filosofía en el tocador*, para argumentar en contra de un vínculo amoroso exclusivo entre dos individuos, Dolmancé esgrime como prerrogativa la búsqueda de una “felicidad de todos” (interés general) en contraposición al egoísmo que implicaría tal relación. Si, como veíamos antes, Sade apela a los valores proclamados por la revolución para justificar la ruptura por parte de la joven de sus ataduras domésticas, en este caso enarbola la prioridad de un interés general, que antes rechazó, para atacar la idea de una relación amorosa entre dos personas que implique la fidelidad y la posesión exclusiva.

Respecto de sus argumentos en torno a la alianza matrimonial leemos algo similar: rechazo del egoísmo si este sostiene la idea de matrimonio como relación de posesión sobre un ser libre (“no hay pues ningún hombre que pueda arrogarse el derecho exclusivo y personal sobre una mujer” [SADE 1998: 143]), pero, en otros momentos, apelación al particularismo egoísta (como aquello que subyace al vínculo matrimonial) para justificar el adulterio. Por ejemplo, Madame de Saint-Ange justifica su vida libertina a partir de la consideración del matrimonio como un primer engaño al que fue sometida: “yo fui la primera engañada al obligarme a contraer unos lazos: me vengo de ello, es todo” [SADE 1998: 49].

En el capítulo II del Libro Primero de *El contrato social*, Rousseau se refiere a la familia como la sociedad más antigua de todas y la única natural⁹. Al igual que en el libro de Rousseau, en la novela de Hugo el vínculo familiar es presentado como natural: romperlo o negarlo podría conllevar la “desnaturalización” del hombre. Mientras que para Sade los lazos y sentimientos familiares son quimeras producto del prejuicio que encubren el principio egoísta que la naturaleza dispone en los hombres,

pasiones aparecen legitimadas por su correspondencia con la naturaleza, ya que es ella quien las inspira, las leyes, precisamente por su carácter desapasionado, carecen de legitimidad [BOBBIO 1996: 131].

⁸ En una carta del 5 de diciembre de 1791 Sade escribe: “Para empezar en calidad de literato, la obligación que tengo de trabajar a diario tan pronto por un partido, tan pronto a favor de otro, exige una movilidad de opiniones de la que se resiente mi manera de pensar” [SADE, 1999].

⁹ Rousseau agrega que el vínculo es natural sólo mientras los hijos necesitan de sus padres para su subsistencia: “Desde el momento en que cesa esta necesidad, el vínculo natural se disuelve.” [ROUSSEAU 1965: 51].

para Hugo constituyen un vínculo inalterable, superior. El lazo familiar pertenece a una dimensión suprema de lo humano, por encima de la confrontación de verdades parciales. Cuando Gauvain reflexiona sobre la acción piadosa de su tío Lantenac (quien tenía la oportunidad de escapar y volvió para salvar a los niños) concibe a la familia como una “verdad superior” que se vislumbra en el conflicto de las “verdades inferiores”. En *Noventa y tres*, Víctor Hugo representa el lazo familiar como parte una naturaleza invariable y lo dota de una dimensión metafísica. Hace de él un ideal. Los afectos y vínculos familiares no sólo se presentan como constitutivos de lo humano, sino que adquieren un porte magnánimo: Michelle Fléchard, la madre, representa lo instintivo y, al mismo tiempo, lo divino; la fiera y la diosa.

Aunque las dos obras detentan concepciones muy distintas de los lazos de familia, en ambas la reflexión en torno a estos conlleva una consideración más general sobre los vínculos humanos: en nombre de qué principios sostenerlos, cuáles son sus motivaciones, qué factores los modifica o destruye.

4. CRUCES, CONVERGENCIAS, SUPERPOSICIONES

Noventa y tres: novela de conflictos, confrontación entre opuestos (idea de lo local e idea de lo universal, feudalismo y revolución, lo antiguo y lo nuevo), un anudamiento (tomemos prestada la metáfora de CAMPION [2004]) de contradicciones en ese gran nudo histórico que es el año 93. La Revolución es el punto de un choque terrible entre principios, épocas, valores contrapuestos. Ahora bien, es preciso señalar que la antítesis como procedimiento de construcción de *Noventa y Tres* implica, también, el desborde de tal figura retórica a partir de una idea de unidad. El análisis del capítulo VII del Libro Segundo de la tercera parte (“Los dos polos de la verdad”), por ejemplo, puede sustentar esta afirmación. Ya desde el título vemos cómo se pone en juego la oposición de dos

elementos (“dos polos”) pero subordinados a una entidad superior (“la verdad”). Una unidad que subsume la estructura antitética. Cimourdain y Gauvain son “dos hombres que se oponían entre sí”, pero que participaban de lo mismo: “libraban lado a lado el combate revolucionario” [HUGO 2007: 258]. Aunque ambos compartían la lucha por la República, representaban dos principios opuestos que los confrontaba: “el uno era el principio terrible y el otro el principio pacífico”. Esta estructura bipolar se presenta como la manifestación fenoménica de una unidad: “eran como un alma dividida en dos y compartida” [259]. El ser del mundo es Uno pero su realización histórica es dualista y antitética [259].

Si Hugo en su novela instaura, como ya dijimos, el conflicto entre lo público y lo privado como un signo de contradicción dentro de la institución familiar, al mismo tiempo, propone una unidad superior que subsume los polos en oposición. Es Gauvain el personaje que enuncia tal unidad y concilia los opuestos: salva a su enemigo contrarrevolucionario, su tío, a partir de la reflexión en torno a un “absoluto superior” a la confrontación entre los principios revolucionarios y contrarrevolucionarios: “Por encima de lo absoluto revolucionario estaba lo absoluto humano” [259]. Gauvain es aquel que *vislumbra* la verdad superior a las tensiones entre los valores familiares y los conflictos de la esfera pública: hace confluír en una concepción de la República ideal lo que se considera como valores supremos del hombre: “la humanidad, la familia, y la patria” [259]. Las oposiciones extremas se resuelven en la novela a partir de una configuración metafísica. Las antinomias se disipan en un futuro que se entrevé como prodigio o revelación: “la República del ideal” en la que los valores familiares y los principios proclamados en la esfera pública confluyen de forma armónica.

Si bien la novela de Hugo tiende a una afirmación de que la Revolución implica la conmoción total de lo establecido, la puesta en crisis de todos los órdenes, al mismo tiempo, concibe la confrontación como el escenario en el que irrumpe un destello que remite a un plano

superior, trascendental que subsume las contradicciones entre los ideales revolucionarios y los valores familiares y humanos.

Para pensar las continuidades y cruces entre lo público y lo privado en *Filosofía en el Tocado* el opúsculo “Franceses, un esfuerzo más si queréis ser republicanos” es central. Este se presenta en el libro como un elemento del afuera que irrumpe en el espacio de clausura en donde la escena de la pedagogía libertina tiene lugar. Si, como señala Barthes, este espacio de clausura constituye una “autarquía social”, una sociedad provista de una organización, una moral, un habla, una economía [BARTHES 1989: 83], el opúsculo sería la inclusión de lo público (un panfleto comprado por Dolmancé en el Palacio de la Igualdad) dentro del espacio privado de las prácticas libertinas. En “Franceses, un esfuerzo más...” se articula una particular relación entre lo público y lo privado en *Filosofía en el tocador*. Si el lenguaje revolucionario del opúsculo postula a la república como una sociedad que se sostiene en el crimen, sus conclusiones entran en un juego especular con la doctrina enunciada por Dolmancé y con las prácticas de los libertinos. El opúsculo tiene como objeto, establecer un lazo entre la comunidad revolucionaria y la comunidad perversa del tocador. “Franceses, un esfuerzo más si queréis ser republicanos” produce en la novela un borramiento de límites entre las propuestas del discurso revolucionario y el discurso y las prácticas de los libertinos. En este sentido, el opúsculo muestra un fondo criminal común entre la comunidad sadiana (donde no hay libertad, todo está prefigurado según un protocolo a seguir y se presentan ciertos rasgos del Antiguo Régimen¹⁰) y la República cuyos principios llevados hasta sus últimas consecuencias la conducirían a un estado en el que todo está permitido. Si los revolucionarios sostenían la idea de un vínculo entre el carácter moral privado y el comportamiento político público [ARIÉS & DUBY 1989: 24], Sade, al proponer una modificación en las costumbres a partir de una idea de una república inmoral que debe mantenerse en el crimen para sostenerse, coincide con esa relación, pero la invierte. No se trata de una correspondencia entre la virtud pública y la privada, sino lo

¹⁰ Por ejemplo, se pide al jardinero Agustín que se retire en el momento en que se va a leer el panfleto político: “Sal Agustín, esto no es para tí”. [SADE 1998 118].

contrario: la disolución de las fronteras entre la inmoralidad privada y pública.

En las propuestas sadianas en torno a lo familiar se advierte que los valores que conciernen a la familia pueden ser rechazados o reivindicados según sirvan o no a criterios inamovibles: la satisfacción del deseo sexual, el sojuzgamiento del otro, el crimen. Se puede tanto atacar las prerrogativas familiares si estas impiden que los hijos se puedan entregar a todos los placeres que quieran o se puede reivindicar la autoridad de los padres sobre sus hijos para ejercer la violencia o satisfacer sus deseos. La apología del crimen, de la misma manera que borra la distinción en el plano político entre la sublevación de los oprimidos y la tiranía¹¹, sustenta principios contradictorios como el despotismo paterno y la insurrección de los hijos. Respecto a la relación entre los valores privados y los principios de la esfera pública se puede observar, también, que es el crimen el que sustenta su cruce o superposición. No hay oposición entre la preeminencia de los lazos familiares privados y la fraternidad ciudadana (una contradicción, que surge por momentos, entre ser hijo de una familia o ser hijo de la patria)¹² si es el incesto el que aparece respaldando a ambas. El incesto, asevera Dolmancé, “extiende los lazos familiares y *en consecuencia* intensifica el amor de los ciudadanos por su patria” [SADE 1998: 147] (la cursiva es mía).

Resta preguntarnos en qué medida la comunidad sadiana del tocador constituye una familia. La comunidad de libertinos se opone, por un lado, al modelo familiar de la moral doméstica, pero, por el otro, coincide con el modelo de familia sostenido por una autoridad paterna despótica. En este cruce la articulación es el padre de Eugenia (como ya vimos, el padre destructor de su propia familia) y sus semejanzas con

¹¹ Esta indistinción lleva, en palabras de Klossowski, a que la comunidad revolucionaria sea “íntimamente solidaria con la disgregación moral de la sociedad monárquica” [KLOSSOWSKI. 1970:56].

¹² Tomamos como ejemplo un fragmento de las numerosas argumentaciones de Dolmancé: “...al destruir completamente todos los lazos del himen no nacen como frutos del placer de la mujer, sino unos hijos a los cuales el conocimiento de su padre les está absolutamente prohibido, y con esto se anulan los lazos que les hacen sentir que no pertenecen más que a una familia, en lugar de ser, como deben serlo, únicamente los hijos de la patria” [SADE 1998: 145].

Dolmancé¹³. Eugenia (“la bien nacida”) niega su origen (cose la vagina de su madre) para afirmar uno nuevo: la comunidad del tocador. Ejerce un corte violento con el pasado similar al de la experiencia revolucionaria que conceptualmente está ligada al origen de una nueva historia [JAUSS 1995], pero, al mismo tiempo, no escapa a cierta continuidad. A diferencia de los revolucionarios, Eugenia no desobedece, sólo se traslada del seno familiar al tocador, ámbito cerrado y ordenado donde todo se encuentra prefigurado por una autoridad que no se cuestiona.

Si el presente trabajo ha hecho hincapié, primero, en la representación en los textos de la relación entre los valores privados y los públicos como confrontación y, luego, como cruce o superposición es necesario aclarar que *no* se pretende dar cuenta de dos momentos sucesivos que dan forma a una problemática y su posterior resolución. El propósito estribó, más bien, en la exposición de la complejidad de las representaciones literarias. Tal carácter complejo está sostenido, fundamentalmente, en la capacidad singular de los textos de registrar las contradicciones que entrañó el impacto de la Revolución francesa sobre la vida privada y las relaciones familiares.

¹³ No sólo comparten la edad (36 años) y la condición de libertinos, los personajes hacen hincapié, también, en las coincidencias de sus discursos. Eugenia afirma respecto a lo dicho por Dolmancé: “mi padre piensa exactamente igual que el señor” [SADE 1998: 40].

BIBLIOGRAFÍA

- ARENDR, Hannah, “El significado de la revolución”, *Sobre la revolución*, Madrid: Alianza, 1988.
- ARIÉS, Philippe & DUBY, Georges, *Historia de la vida privada*, Madrid: Taurus, 1989, tomo 7.
- BARTHES, Roland, “El árbol del crimen”, AAVV. *El pensamiento de Sade*, Buenos Aires: Paidós, 1969.
- BOBBIO, Norberto. *Estado, gobierno y sociedad. Por una teoría general de la política*, Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 1996.
- BOURDIEU, Pierre, “L’esprit de famille”, *Raisons pratiques sur la théorie de la action*, Editions du Seuil, 1994. pp. 135-145 (Hay traducción al castellano: “El espíritu de familia”, *Razones prácticas. Sobre la teoría de la acción*, Madrid: Anagrama, 1997).
- CAMPION, Pierre, “Raisons de la littérature. *Quatre vingt-treize de Victor Hugo*”, *Romantisme*, [Année 2004, Volume 34, Numéro 124], pp. 103 – 114.
- DUBY, Georges & ARLETTE, Michelle, *Historia de las mujeres en Occidente: Del Renacimiento a la Edad Moderna*, Madrid: Taurus, 1992, vol. 3.
- GRASSI, Estela, “La familia: un objeto polémico. Cambios en la dinámica de la vida familiar y cambios de orden social”, *Revista Sociedad N°9*, septiembre de 1996, Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires.
- HUGO, Víctor. *Noventa y Tres*, Buenos Aires: Losada, 2007.
- KLOSSOWSKI, Pierre, *Sade, mi prójimo, precedido por El filósofo malvado*, Buenos Aires: Sudamericana, 1970.
- LEVI STRAUSS, Claude, “La familia”, *Polémica sobre el origen y la universalidad de la familia*, Barcelona: Anagrama, 1976.
- ROUSSEAU, Jean Jacques, *El contrato social*, Buenos Aires: Aguilar, 1965.
- SADE, Marqués de, *Filosofía en el tocador*, Beatriz Vilar [trad.], Madrid: Edimat, 1998.



REVISTA DE LA SOCIEDAD DE ESTUDIOS DE LENGUA Y LITERATURA